

Obama entra en la historia

LA VANGUARDIA, Editorial, 05.06.08

GANE o pierda las elecciones en noviembre próximo, Barack Hussein Obama ha hecho historia. Es el primer afroamericano que, después de la abolición de la esclavitud, se convierte en candidato a la presidencia de Estados Unidos. Pero también el protagonista de una de esas historias personales que sólo en América son posibles. Un senador salido de la nada, que carecía al empezar de apoyos importantes, hijo de un padre nacido en Kenia y de una madre de Kansas.

Su carrera hacia la nominación no ha sido fácil. Las circunstancias le han sido muy adversas. Se ha enfrentado al prejuicio racial difuso, culturalmente reprimido, pero todavía vivo en la sociedad norteamericana. Y se ha tenido que batir, en agotador duelo por etapas, contra una candidata espléndida, Hillary Clinton, mujer sobradamente preparada, con una formidable tenacidad y capacidad de lucha, esposa de uno de los presidentes más carismáticos de la reciente historia y conspicua representante de los poderosos núcleos de poder del progresismo estadounidense. Clinton, por otra parte, ha abanderado un combate - la ascensión de las mujeres al poder- no menos esperanzador que el que, por razón de su piel, encarna Obama.

No, el camino hacia la nominación del senador afroamericano no ha sido fácil. Clinton, avalada ampliamente por las encuestas, aparecía inicialmente como imbatible. Pero, en febrero, con once victorias seguidas, la ascensión de Obama fue tan fulgurante que, por momentos adquirió el aura de candidato irresistible. De repente, después del 4 de marzo, la tenaz ex first-lady pareció resucitar en Ohio y Texas. El avance

de Obama vaciló y salieron a colación sus vínculos con un pastor tremendista. Mientras Clinton se batía con un tesón que sorprendía a propios y extraños, Obama evidenciaba síntomas de fatiga: desde entonces, sólo ha vencido en 6 de los 14 estados en liza.

¿Qué posibilidades tiene Obama de convertirse en el primer presidente negro (digámoslo sin eufemismos) de EE. UU? Es pronto para hacer cábalas. Estos largos cinco meses de primarias entre Obama y Clinton, combatidas palmo a palmo, dejan un sabor agridulce en el Partido Demócrata. Sus bases, foros, organizaciones de voluntarios y estructuras han derrochado energía y entusiasmo. Pero el combate sin cuartel ha causado también resquemor y división. Sin tiempo para digerir sus últimas victorias, Obama se ha apresurado a taponar uno de los boquetes por los que perdía apoyos: el voto judío, más influyente que numeroso, que, en una previsible campaña igualada, podría ser decisivo.

John McCain será un candidato enormemente sólido: avalado por su perfil de héroe de guerra, su honestidad, por su semblante senatorial y por su moderación que lo aparta del radicalismo derechista de Bush y lo acerca a los demócratas que pudieran recelar del vuelco histórico que encarna Obama. Y, sin embargo, Obama es un gran seductor. Si algo explica su triunfo es su conexión con el espíritu de los Kennedy. En oposición al duro radicalismo pesimista que ha significado la era Bush, basada en los miedos que desató el 11-S, Obama ha recuperado para la política el valor de la esperanza. Se dirige directamente al corazón de los estadounidenses, activa su sentimiento fraternal y los invita a agruparse en torno al sueño americano. Lo resume a la perfección su más famoso eslogan: Yes, we can. Sólo si la esperanza logra doblegar el miedo, Obama ganará.